

FOTOS ANA SCHULZ



oposición entre teoría y praxis. Esta obra marcó el comienzo de su propuesta filosófica, que hace un par de años se concretaría como filosofía de la proximidad en *La resistencia íntima*, ganadora del último Premio Nacional de Ensayo.

Tanto un libro como el otro esbozan una extraña coreografía de movimientos espirituales. El primero sería lateral: retirarse del centro para habitar los márgenes. Abandonar los dominios de la actualidad, de la banalidad política, de la autoayuda de superación, de la obsesión por el consumo. Mantener vivo, en los márgenes, aquello que queda asfixiado en este tiempo homogéneo de pantallas, palabras vacías y optimismo cínico. Y, allí, sostener una esperanza discreta, más vinculada al otro que nos trasciende que a un hipotético más allá.

Vendrían luego otros movimientos, ahora de aproximación y atención. Acercarse al otro guardando una distancia adecuada. Mirar cuidadosamente y rescatar al otro con nuestra mirada. Bajar los ojos con discreción. Dejarnos inquietar por la diferencia y exponernos a ella en nuestra vulnerabilidad.

La repetición de estos gestos nos descubriría algo elemental que plantea Esquirol: lo más relevante a nivel ético es *darse cuenta*: ver es respetar. Si se miran bien las cosas, ya se sabe lo que hay que hacer. No se trata tanto de elegir o decidir como de saber ver, de afinar nuestra percepción y obedecer a aquello que las situaciones exigen por sí mismas. Quizá a eso se refería Zambrano cuando al final de su vida le preguntaron: «Y, María, ¿cuál ha sido su mayor libertad?». Y ella contestó, con una sonrisa misteriosa: «La obediencia».

El gesto del respeto se prolongará en *La resistencia íntima*, que es en parte una ontología de los gestos. La mirada se dilata en escucha y tacto, la atención se sitúa claramente en el orden de la sensibilidad: don, ternura, cuidado. Se trata de gestos que se encuadran en un elogio de la cotidianidad, que es, sobre todo, apropiación de la cotidianidad. Esquirol nos invita a asumir nuestra existencia, a descubrir cómo lo más elemental ya está surcado por el sinsentido. A partir de una interpretación del nihilismo como experiencia de desintegración, Esquirol fundamenta una metafísica de la casa en que el recogimiento, lejos de distracción y huida, es asunción del absurdo

y del propio vacío y, al mismo tiempo, respuesta y salvación. En esta nueva metafísica nos encontramos con que lo que permanece es precario, vulnerable, finito: únicamente perdura –y sólo provisionalmente– aquello que resiste a la intemperie gracias al abrigo de la intimidad con los otros. Lo que salva es la proximidad.

La resistencia al nihilismo adopta, pues, la vía de la finitud, y arraiga en lo cotidiano porque la casa es, junto con el tú, la condición del mundo, el punto de partida. Esquirol la llama “centro discreto del mundo”. Pero no se trata de un centro en el que parapetarse: el movimiento de la casa es de retorno, y si se puede volver es porque se sale. Aunque en *La resistencia íntima* no encontramos programas de acción, no estamos delante de una obra que se cierre a lo político. Su autor ha insinuado que en el futuro formulará una filosofía política y podemos intuir que su propuesta pasará por los afectos y vínculos de los seres humanos.

Decía antes que sus libros hacen lo que dicen. Si esto sucede es, sobre todo, porque están escritos a partir de una reflexión crucial sobre la esencia del lenguaje. El archigesto de lo humano sería la palabra de amparo, la palabra como ofrecimiento. El lenguaje ya no sería la casa del ser, como pensaba Heidegger, sino la casa del hombre, de cada ser humano único y concreto. Lejos de la retórica de los enterados y de los especialistas, lejos también de las verborrea de la demagogia política, nos encontramos aquí con un lenguaje que nos aproxima, con palabras que nos dicen cosas en lugar de teorías que se cantan a sí mismas. «*Lo importante se deja decir con sencillez*», afirma Esquirol, y el empeño porque así sea se encuentra en el léxico familiar y el sentido cotidiano de su pensamiento.

Podría pensarse que no hay nada inédito en ello, pero como decía la máxima de Veauvenargues, a veces un libro muy nuevo y muy original es el que hace amar viejas verdades. //

Andrea Palaudarias escribe sobre

JOSEP MARIA ESQUIROL

Escribir sobre un maestro siempre entraña cierto pudor. Los verdaderos maestros te atraviesan, te forman, trastocan tu memoria. Resulta difícil saber quién eras antes de ellos. Recuerdas una sintonía inicial pero cuesta ordenar lo que vino después, discernir lo que ya estaba. Me ocurrió con mi profesora de literatura del instituto y volvió a sucederme años más tarde en la universidad, con Josep Maria Esquirol.

En sus clases una se encontraba prestando atención. La cadencia de su discurso, a diferencia de otros, invitaba a pensar. Los conceptos iban y volvían, siempre los mismos y siempre distintos, y así sucedía algo extraordinario: podías escuchar absorta y esa escucha, lejos de atiborrarte, despertaba un susurro propio. Nos reíamos durante sus clases: a menudo su sonrisa apenas insinuada se prolongaba en carcajada entre los alumnos.

Era el primer curso de Filosofía y nos introdujo en un pensamiento cuyo lugar primordial está reservado al otro. Nos presentó a Lévinas, Jankélévitch, Patočka, Rosenzweig. Como hubiera dicho este

último, sus clases conducían a la filosofía de vuelta a la vida y a las exigencias del día. Mientras en algunas asignaturas la teoría se alejaba de la experiencia, en las suyas se dirigía a su núcleo. Los alumnos nos sorprendíamos al escuchar palabras metafísicas que encontraban eco en nuestro día a día. Percibíamos el respeto de un discurso que no adopta la dureza de un sistema, sino la humildad de una aproximación infinita, que no pretende cerrar los problemas sino profundizar en ellos.

Sus teorías forman más que informan, obran más que hablan. Cuando leí *El respeto o la mirada atenta* pensé: este libro hace lo que dice, aquí se diluye la

Pepe Ribas conversa con

JOSEP MARIA ESQUIROL

El filósofo de la resistencia

Leo un libro y me impresiona. Es un pequeño manual de filosofía próxima en el que el discurso desmonta cualquier abstracción desconectada de la vida.
«En vez del eterno retorno, volver a casa; en vez de la voluntad de poder, la resistencia íntima; en vez del superhombre, la proximidad; en vez del futuro, la memoria; en vez de la afirmación, la problematicidad.»

El autor de *Resistencia íntima* es Josep Maria Esquirol. Es catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona, donde dirige el equipo de investigación Aporia. Una tarde me presento en el pequeño despacho que ocupa en la facultad. Josep Maria es un hombre intenso que envuelve su pasión en timidez. Me cuenta que vive en una pequeña ciudad próxima, junto a los huertos. Siente agradecimiento por la paga que recibe por dar clases en la universidad, lo que le permite dedicarse al estudio y a la observación sin tiempo.

Desde la filosofía de la proximidad tratas la resistencia íntima frente a la sociedad de la distracción, frente a la homogeneidad producida por el mundo tecnológico y por los lenguajes que nada tienen que ver con lo cotidiano. Háblame de la figura del Resistente. Se trata de un quien, que exige una filosofía del sujeto. Hay que recuperar la

centralidad del quien, tanto contra la disolución del yo en muchos yos, como contra la disolución del yo en alguna totalidad impersonal. A diferencia de estos planteamientos postmodernos, mantengo la idea de sujeto resistente. Un yo resistente frente a la erosión de los contextos que disgregan la individualidad, y un yo atento a su inflación degenerativa en las formas de egoísmo y de soberbia. El resistente tiene que ser un quien humilde, pero no en el sentido de Nietzsche, donde el débil se somete y es un sumiso, sino porque se sabe partícipe de la condición de intemperie, que comparte con los demás fraternalmente. El humilde ve al otro en el mismo nivel y en el mismo barco. Nadie por encima del otro.

¿Cuáles son las armas? ¿Cómo resistir en la intemperie?

El resistente cree en algo. La absoluta desesperanza te aproxima al abismo de la nada. El resistente es alguien que sostiene la idea de que algo diferente es posible. Y eso no es una simple utopía para el

futuro. La creencia del resistente tiene que ver también con el pasado. Es una memoria anamnética. Una memoria que tiene que ver con el hecho de que el pasado todavía no está concluso. Esta también es la idea de Benjamin. La mayor fuerza del resistente procede, incluso, de creer que lo pasado no está cerrado y que, en cierto modo, todo está pendiente. El resistente es un sujeto humilde que cree en algo, que está comprometido con algo diferente. Y esta creencia se vincula a la vez con pasado y futuro.

En tu último libro, hablas mucho de la casa, de lo próximo, de la intimidad, del cultivo de la soledad frente al aislamiento.

La soledad es la posición fundamental del ser humano. Experimentar esa soledad nada tiene que ver con el aislamiento. Tiene que ver con reconocer que uno es un sí mismo y que nos hacemos compañía desde la soledad. El fenómeno de la compañía es fecundo y hondo. Incluso se puede decir: vivimos compartiendo la soledad. La casa acoge la soledad y la compañía. Pero "casa" no solo ni principalmente en el sentido de un elemento arquitectónico, sino en lo relativo al movimiento del recogerse y del resguardarse, donde estableces los lazos de la familiaridad. Esos lazos, obviamente, no tienen por qué tener un fundamento biológico. Nos hacemos cercanos y próximos a los otros, y esto es la familiaridad. Utilizo el adjetivo "íntimo" como sinónimo de cercano. Por eso la resistencia es íntima. Los vínculos se crean. Uno se hace próximo a los demás, y también a sus cosas, a sus libros, a su paisaje, a su cielo. Compartir es generar compañía cotidiana. La proximidad es algo así como una constitución bajo el mismo techo. "Compañero", etimológicamente, es el que comparte el pan. No hay ningún tipo de superioridad. Los que están en la misma mesa son hermanos, vecinos, humanos. No hay dominio. Por eso hago una apología del casar, que incluye el aproximarse y el juntar.

Háblame más del aislamiento.

El aislamiento, menuda paradoja, se da en situaciones muy masificadas. Existe una complicidad entre masificación y aisla-



miento. Incluso se podría tirar del hilo hasta las sociedades totalitarias. Unas de las características de una sociedad totalitaria son la falta de relaciones, la falta de compañía y la masificación.

Tu filosofía es una arma contra el nihilismo y un ir más allá del existencialismo.

Reconozco la fuerza y la riqueza de planteamientos existencialistas como los de Heidegger o Sartre. En ellos se suele poner el énfasis en el movimiento de exteriorización. De ahí "ex-sistencia". Uno es su proyecto, su decisión, su expansión. Uno tiene que ser dueño de su vida y tiene que decidir por sí mismo. También el hablar es un modo de proyectarse. Creo, sin embargo, que el acento no debería estar solo en este movimiento expansivo o proyectivo, sino también en el movimiento de recogimiento y de amparo. Existir es salir y también resistir, ampararse. La total exteriorización es disgregadora. Además, hay otra razón fundamental: para poder salir, incluso al espacio público y hacer política, hay que poder volver. El refugio y el cultivo de la intimidad es lo que te permite salir. Una de las debilidades de la política del mundo contemporáneo consiste en la dificultad de volver. Se da una fuerte erosión de los espacios de intimidad. La filosofía de la proximidad consiste en una cierta corrección de posiciones existencialistas, de las que, a la vez, es deudora.

Tú hablas de no ceder a los dominios de la actualidad.

La resistencia adquiere todo su sentido cuando hay algo que domina o tiende a dominar. ¿Por qué? Porque la vida es fecunda y tiene sentido en la diferencia. Lo homogéneo es inhóspito, y lleva al nihilismo. Este no tiene que ver solo con la nada; tiene que ver con lo mismo. La nada y lo mismo se parecen en que la nada es homogénea. De modo que la resistencia no es solo resistencia a la nada, sino también a lo homogéneo, a lo indiferente. El dominio de algo conduce a lo homogéneo, y esto es inhóspito, casi inhumano. Dado que hoy una de las expresiones del dominio es eso que llamamos la actua-

lidad, la resistencia tiene que ser ante el dominio de la actualidad. La actualidad no es intrínsecamente perversa, pero sí su dominio.

Pero el mundo de hoy esta dominado por la tecnología, por los móviles, por Twitter, que tanto disuelven la atención atenta y la capacidad de concentración.

El dominio de la actualidad se inscribe en lo que cabría llamar la "pantallización" del mundo. Lo que a partir de Husserl y Habermas también se ha llamado la colonización tecnológica del mundo de la vida. El camino de la resistencia lleva a una cierta marginalidad. ¿Cómo resistir a lo que domina? Desde la fecundidad de los márgenes. Tal camino no significa ni huida ni evasión. Desde lo marginal se presta mucha atención para cuando se dé el momento oportuno y quepa incidir en el conjunto. Es una marginalidad atenta. Nada de somnolencia, sino una vida en estado de permanente vigilia. Lo marginal es fecundo porque es diferente. Desde allí uno se da cuenta de la capacidad que tiene para que gente comparta esa vocación. Los cambios fuertes siempre se dan desde la marginalidad.

¿Cómo participas en los asuntos de la polis?

Las cosas que tienen sentido terminan por abrirse camino. Si estás en el contexto universitario y hay algo que domina pero te parece mal, conviene que persistas en lo que crees, porque eso va a incidir. La polis lo es todo, es el nosotros de la convivencia. Lo bueno para ese nosotros es que haya espacios distintos en donde se digan cosas distintas, en donde se respire de forma distinta, porque esta diferencia es difusiva, se nota. La misma existencia de la diferencia ya tiene una significación y una fecundidad política.

¿El afán de novedad, los viajes turísticos, el consumismo, son huida?

El consumismo es una estructura circular que, pese a las apariencias, te deja siempre en el mismo sitio. Las consecuencias del consumismo exacerbado son terribles. Mientras la vida humana y las cosas del mundo son finitas, el consumismo nos emplaza en una estructura circular agresiva, evasiva e infinita. La curiosidad como huida la planteó Heidegger al hablar del

afán de novedades. Y eso enlaza con el malestar de fondo de la "sociedad del bienestar". Malestar que provoca esta especie de huidas evasivas o de disoluciones orgiásticas. Disoluciones, en definitiva, de la propia responsabilidad. En verdad, el consumismo nos engaña respecto a la auténtica novedad. La novedad genuina es diferencia o, como decía Benjamin, interrupción. Cuando él hacía la crítica a la idea de progreso, explicaba que el progreso procede de una comprensión del continuo de la historia. Entonces, lo que establecía como imagen para mostrar otra manera de entender las cosas era la interrupción, el corte. El afán de novedades es evasión que no conoce ni la esperanza, ni la paciencia, ni la memoria, que es lo necesario para que algo nuevo ocurra.

Háblame de los lenguajes especializados que fraccionan.

Los lenguajes abstractos y presuntamente científicos que proliferan en las así llamadas ciencias humanas y sociales son una expresión del dominio no de la ciencia, sino de la ideología científico-tecnológica. Empobrecen nuestra vida. Saberes que antaño llamábamos humanistas creen ganar seriedad con un lenguaje especializado y técnico y en realidad degeneran y nos confunden. Cuando uno adquiere cierta capacidad para discriminar, se da cuenta de que este lenguaje es vacío. En psicología, ciencias políticas, pedagogía, economía, sociología e incluso en filosofía, se promueve un lenguaje presuntamente científico pero que no tiene sentido para la existencia, para nosotros. Es tremendamente pobre. Lo vivo mal y me duele esta perversión en las ciencias humanas, que más bien tienden a ser inhumanas, porque creen explicar y disolver el fondo de la persona y de la comunidad humana. Desconocen lo que es la paciencia y la reflexión sobre la experiencia. Frente a esta degeneración de las ciencias humanas reivindico el lenguaje coloquial y cotidiano porque, cuando no está colonizado, conserva una gran riqueza. Solo con el lenguaje no tecnificado es posible decir o aproximarse a lo más profundo. Es el lenguaje de la resistencia. Solo ese lenguaje puede ser literalmente cordial.

Precisamente en tu libro *El respeto o la mirada atenta* tratas el tema de la atención.

Si es mirada, ya es atenta. El título es intencionadamente redundante. Cuando prestas atención a algo suele ocurrir que adviertes cuál debe ser tu forma de situarte. Ves, por ejemplo, su fragilidad y lo tratas con cuidado. Precisamente esta es la razón por la cual el prestar atención no es solo un acto de carácter epistemológico sino también moral. Atender bien es ya actuar bien. De ahí que Simone Weil diese tanta importancia a la atención. Prestar atención conduce a ser atento, es decir, respetuoso. No por casualidad la etimología de la palabra "respeto" se relaciona con el mirar bien. Cuando uno presta atención, respeta y cuida.

¿Qué es para ti el arte?

El concepto que más me sirve para pensar la esencia del arte es el de creación. Un concepto límite que procede más de la tradición bíblica que de la griega. Indica esa maravilla de poder dar pie a algo a partir de casi nada o nada. Por eso, lo que se crea es otro, y no una simple emanación. La esencia del arte es la esencia de la vida: ese sentir que genera lo otro o que acoge a lo otro, lo más allá de uno mismo.

Escribir un libro transforma.

"Experiencia" es una palabra nuclear en el pensamiento contemporáneo. Autores muy diferentes la han destacado: Michel Foucault, Edmund Husserl, Walter Benjamin, Gilles Deleuze... La experiencia no es algo pasajero ni epidérmico, sino una transformación diacrónica; algo que provoca un cambio en uno mismo, y que determina un antes y un después. Para mí, escribir un libro es algo que forma parte de una experiencia, y, por lo tanto, de una transformación. La vida es afectación, conmoción, y lo mejor de lo que somos capaces tiene que ver con la pasión que emerge de dicha conmoción. Además, si las palabras no vibran, difícilmente podrán ser significativas para los demás.

También tratas la finitud y el miedo a la muerte.

¿Cómo no hablar de la muerte? La finitud es uno de los rasgos esenciales de nuestra condición. No vamos a ser inmortales, pero para vivir mejor y más intensamente uno debe ser consciente y hacer frente a su finitud. Lo que no significa superarla. Ocurre, por ejemplo, que si uno piensa,



sin obsesión, en su condición finita, suele ser más activo y más comprometido. La conciencia de la finitud lleva a la acción, mientras la no conciencia lleva a una cierta apatía. Preguntarse por el tiempo que nos queda, no es fatalismo. Si uno cree que tiene todo el tiempo, no hace nada, mientras que si uno sabe que el tiempo es limitado, está atento a los momentos oportunos y actúa. San Benito aconsejaba hacer las paces antes de la puesta de sol. Actuar mientras hay tiempo; responder a las exigencias de la situación sin posponer la responsabilidad. Finitud, tiempo oportuno, exigencia y responsabilidad están estrechamente ligados.

¿Qué le debes a Lévinas?

Muchísimo. Los gigantes de la filosofía de la primera mitad del siglo XX son Wittgenstein y Heidegger. Y, para mí, el de la segunda mitad es Lévinas. Espero que se vaya viendo. Intenta una filosofía de un sujeto que nada tiene que ver con este sujeto centro de todo, dueño de sí mismo, que todo lo puede y que va a conquistar el mundo. El de Lévinas es un sujeto pasivo, que no significa lo contra-

rio a lo activo, sino que lo más hondo de lo humano es la afectación. Hay sinonimia entre sensibilidad, vulnerabilidad y pasividad. Somos pasivos y por eso actuamos. Pasión viene de pasividad. Todas las pasiones vienen por la capacidad de afectación. El hombre no es una pasión inútil, como decía Sartre, sino una pasión infinita.

Háblame de la precariedad y de la junta.

Podemos utilizar la palabra precariedad para ilustrar situaciones sociales determinadas, en las que se da un incremento de la vulnerabilidad y de la intemperie debido a la injusticia y a ciertas imposiciones

impersonales. En este sentido, "precariedad" es una categoría de carácter político que indica contextos de incremento artificial y forzado de la vulnerabilidad de los colectivos. Sin duda, hay que denunciar y luchar contra esa precariedad y contra los sistemas que la provocan. Sin embargo, hay otra dimensión de la precariedad. La dimensión antropológica fundamental es de debilidad e intemperie física y metafísica. Por eso se entiende que el gesto más radicalmente humano sea el de la protección y el amparo de la vulnerabilidad. Nos protegemos; nos cuidamos. La junta es una de las concreciones de dicho gesto. Nos juntamos, nos reunimos, nos casamos, unimos piezas para resistir. Uniendo elementos se crea un espacio protegido. Un abrazo es lo mismo que una casa; es un movimiento que protege. Es el gesto que mejor expresa la condición humana. Es una junta. ¿Qué es o qué debería ser la política? La junta o el ayuntamiento que crea comunidad.

De lo posmoderno al arte político.

Lo abstracto no me produce ninguna preocupación, en tanto que abstracto. El problema se descubre ante discursos abstractos desconectados de lo fundamental, de lo radical, de la vida. La abstracción solo tiene sentido manteniendo una cierta conexión con la raíz y la génesis. Ciertos discursos posmodernos y propuestas artísticas han perdido esta conexión y ya no son significativos. Quizás sean llamativos. Una cultura que no sea radical, que no esté conectada con lo vivo, no me interesa. Cultura significa cultivo de lo fundamental. A pesar de espectaculares avances tecnológicos, estamos aquí, sobre la tierra y bajo el cielo, en compañía de los otros. El arte que sea capaz de reflejar esa condición fundamental y de abrir horizonte cuida la vida. Es arte vivo. Y a la cultura que cuida la vida le es ajena la oposición entre teoría y praxis. //

El afán de novedades es evasión que no conoce ni la esperanza, ni la paciencia, ni la memoria, que es lo necesario para que algo nuevo ocurra.